

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
II

ACADÉMICOS en el recuerdo 2

J. M. ESCOBAR
F. S. MÁRQUEZ
COORDINADORES



2018

ACADÉMICOS en el recuerdo

2



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 2

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA

2018

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 2
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:

José Manuel Escobar Camacho, académico numerario

Coordinador editorial:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Retrato de don Luis María Ramírez y de las Casas-Deza

<http://www.fuencaliente.net/casasdeza.htm>

© Real Academia de Córdoba

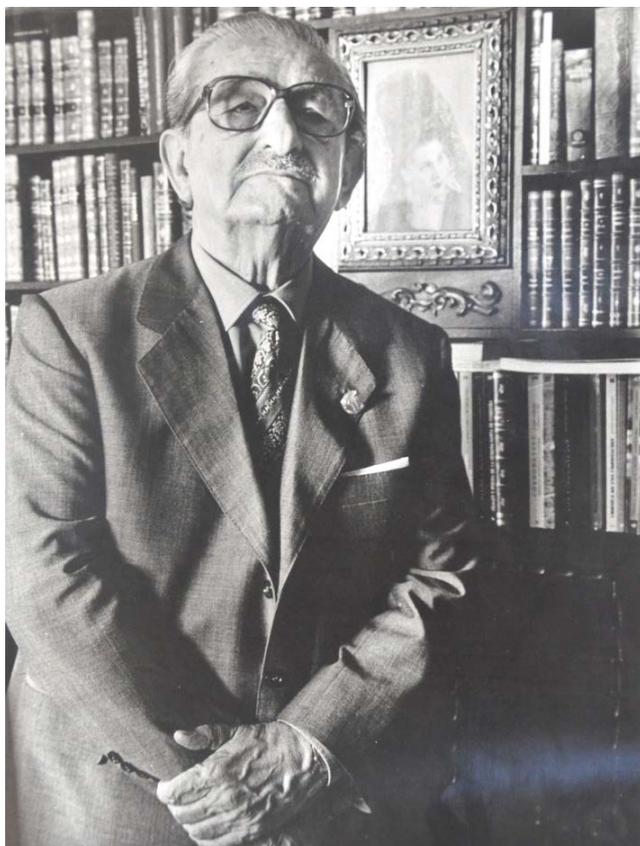
© Los Autores

ISBN: 978-84-120060-0-1

Dep. legal: CO 2.304-2018

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



Retrato de Miguel Salcedo por el fotógrafo y académico Juan Vacas.

**MIGUEL SALCEDO HIERRO (1923-2010),
LA VOZ ILUMINADA**

por

MARÍA DEL SOL SALCEDO MORILLA
Académica Correspondiente

Si nos atenemos a los resultados obtenidos cuando tecleamos su nombre en *Google*, Miguel Salcedo Hierro, nacido en Córdoba el 12 de febrero de 1923, hijo del industrial Manuel Salcedo Nieto y de Dolores Hierro Aragón, teniendo dos hermanos, Manuel y Rafael, fue escritor y profesor, y Cronista Oficial de la ciudad de Córdoba desde el 4 de julio de 1989 hasta su muerte, el 19 de mayo de 2010. Salcedo Hierro fue uno de los mejores conocedores de Córdoba y uno de sus exponentes culturales más importantes desde la década de los cuarenta. Estudió bachillerato en el instituto de la capital y Arte Dramático en Sevilla y en Madrid, ampliando sus conocimientos con el catedrático don Fernando José de Larra, de quien fue alumno predilecto. En 1947 promovió el inicio de los estudios de Arte Dramático en la ciudad, primero, como sección del Conservatorio, y más tarde, desde 1980, como Escuela Superior de Arte Dramático de Córdoba. Este centro, que dirigió hasta su jubilación en 1988, lleva su nombre desde 2006. Recibió valiosas enseñanzas del que también fue Cronista Oficial, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, insigne autoridad sobre la Córdoba musulmana. Casi toda su producción literaria versa sobre Córdoba y está distribuida en más de un millar de artículos –en el diario *Córdoba* y otras publicaciones– pregones, conferencias, congresos y libros. Esencialmente poeta, dedicó gran número de obras al patrimonio artístico de Córdoba y su historia reciente. Miguel Salcedo Hierro fue divulgador de la gastronomía andaluza.

Entre los muchos reconocimientos que recibió están el Lebrillo de Bronce de la Subbética, la Medalla de Oro de la Ciudad de Ceuta, el Pico de Oro de la Ciudad de Córdoba, la Maceta de Oro de los Patios Cordobeses, el Potro de Oro de las Peñas Cordobesas y el olivo de Plata del Patronato de Turismo de Córdoba. Fue Académico Numerario de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba desde 1966, y de la de San Telmo de Málaga. Hijo adoptivo de Archidona, Presidente de Honor de las Academias del Vino y la Gastronomía de Andalucía, Presidente de Honor del Aula del Vino de

Córdoba, Socio de Honor del Centro Filarmónico Eduardo Lucena. Desde 1995 una calle de Córdoba lleva su nombre. En el 2000 el diario *Córdoba* le nombró “Cordobés del Año”. Los cordobeses le deben agradecimiento por salvar de la demolición el Gran Teatro, convertido hoy en referente de la vida cultural y artística de la ciudad. Además fue presidente del Colegio Oficial de Agentes Comerciales de nuestra provincia y teniente de alcalde de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba.

No podemos prescindir de la dedicatoria-pésame que Francisco Solano Márquez pocos días después del fallecimiento de Salcedo Hierro, dedica a la familia en su libro *Córdoba insólita*:

Con emocionado sentimiento de dolor por su irreparable pérdida, dedico este libro a la memoria imperecedera de Miguel Salcedo Hierro, que me distinguió con sincero aprecio y amistad y que vivirá eternamente en el recuerdo de Córdoba, a la que entregó lo mejor de su vida como Cronista Oficial, escritor, académico, concejal en tiempos heroicos, creador de la Escuela Superior de Arte Dramático –dinamizadora del arte escénico–, brillante orador, investigador gastronómico y hombre de bien, cuya entrega a la ciudad que lo vio nacer perdurará como ejemplo de cuantos se afanan en seguir engrandeciéndola. Con mi abrazo en el dolor compartido a su esposa Carmina y a su hija Marisol, depositarias de su legado y memoria. Córdoba, 07.VI.2010.

Al currículum expuesto podemos añadir algunas obras teatrales, como *El príncipe Jazmín* (1944), *El collar de la paloma* (1947), *¿Quién dirá que no tengo amor?* (1949), *El patio de los rosales* (1953), *Y habitó entre nosotros* (1954), *Abanico de marfil*, estrenada en el Gran Teatro, en marzo de 1952, obra en verso protagonizada por Ángela de la Aurora García Uceda y José Herrera Duchemín, definida por el propio Salcedo Hierro como “fuertemente romántica, expuesta a la manera cinematográfica”. La elogiosa crítica asegura que a Salcedo “el verso le fluye con admirable facilidad” y destaca “la fastuosidad y el lujo escenográfico de la presentación”. En febrero del 1953, también en el Gran Teatro, estrena *Torero porque yo quiero*, esta vez en clave de comedia, interpretada por Mary Carmen Urbano, Mary Ferrer, Francisco Morán y José Herrera. La recaudación se destina al Patronato de Nuestra Señora de la Fuensanta. Unos y otros actores eran alumnos suyos en la Escuela de Arte Dramático. El librito que contiene *Abanico de marfil*, con ilustraciones de Antonio Ojeda, reco-

ge la dedicatoria del dramaturgo “A Carmina y a Carmen María, mi adorada esposa y mi querida hijita, vaya ofrendado este relato dramático, como un simbólico y delicioso abanico que les deje aires de cariño, exponentes de que poseen la plenitud de mi corazón. Miguel”.

Siempre fiel a la profesionalidad en el teatro, tomándolo como cosa seria y alejada de frivolidades, fue secretario de organización de las Conversaciones sobre el Teatro nacional actual, que se celebraron en Córdoba en noviembre de 1965, en las que estuvieron presentes los autores Antonio Gala, Lauro Olmo, José María Rodríguez Méndez, Manuel Fábregas y Manuel Pérez-Casaux; los directores de escena José Luis Alonso, Juan Guerrero Zamora, Salvador Salazar y Armando Moreno, y los críticos José Monleón, Ángel Fernández-Santos, Demetrio Bilbatúa, Alfredo Marquerié y José María Sagarra.

Notas familiares

Podemos dar a conocer algunas poco conocidas notas familiares, como que su padre, Manuel Salcedo Nieto, era oriundo de Villa del Río, por cierto, íntimo amigo del padre de Matías Prats Cañete, el conocido periodista e inconfundible locutor de radio; éste y Miguel Salcedo heredaron la amistad de sus padres y la conservaron toda la vida. Mantenían sus contactos, sobre todo, en los meses de verano, puesto que sus destinos vacacionales quedaban próximos: Matías, en Marbella, Miguel, en Carvajal (Fuengirola). Su madre, Dolores Hierro Aragón, nacida en Aguilar de la Frontera y huérfana de madre –murió en el parto de Francisca, a que la Dolores llevaba dos años– siendo todavía niña y acompañada de Francisca, vino a vivir a Córdoba con su hermano mayor, ya casado, y próspero comerciante (almacenes Hierro Aragón, que estaban al principio de la calle Diario de Córdoba). Las relaciones con los hermanos que permanecieron en Aguilar no sólo se mantuvieron, sino que pasaron a sobrinos, sobrinos nietos y sobrinos bisnietos. Y ahí siguen, tratándose todas las descendencias.

Y también resulta interesante agregar otros detalles más tiernos e íntimos que él recordaba con auténtico deleite. Aprendió a leer antes de ir al colegio, en un babero; no el que se pone al cuello para evitar que los niños se manchen mientras comen, sino el blusón exterior que protege a la ropa de manchas y deterioros; lo que ahora, quizá por influencia anglosajona, llamamos babi o baby, que le regaló su tío Manuel García Berral, que tenía como motivos decorativos las letras del abecedario; tal vez tan temprano despertar al mundo del lenguaje

escrito fue la causa de su decidida vocación poética y de sus habilidades oratorias, pues durante su niñez animaba las veladas familiares con la lectura de las noticias de periódicos y revistas o de las famosas novelas por entregas o de cuanta literatura juvenil o menos juvenil se le pusieran por delante. Sírvannos de ejemplo Carlos Dickens, Alejandro Dumas –padre e hijo– Julio Verne, Victor Hugo, Benito Pérez Galdós... Lector incansable, lo fue durante toda su existencia y quizá uno de sus mayores tormentos, cuando perdió la visión –la degeneración macular, aunque respetó la visión periférica, afectó irremisiblemente la visión central, justo la que necesitaba para leer– fue ése, no tener un libro, cuyo tacto ansiaba y gozaba, entre las manos. Efectivamente, los acariciaba como si se tratase de seres vivos; y desde luego, en contacto con él, lo eran.

De su padre recordaba especialmente el olor a pino que desprendía siempre, ya que la empresa familiar donde trabajaba era un almacén de maderas, así que sus ropas e incluso su cuerpo siempre estuvo impregnado de resinosos aromas. Aromas que también formaban parte de los platos que en su casa se guisaban, puesto que en la cocina usaban como combustible los trozos de madera cortos y gruesos que solemos llamar tarugos, que ardían bajo la solidez de una chapa de hierro. Muchas veces hizo referencia a esta peculiaridad, cuando hablaba de las exquisiteces culinarias elaboradas por su madre.

Nuestro académico en el recuerdo nació en un piso de la calle, actualmente peatonal, Manuel de Sandoval, poeta madrileño (1874-1932) que ejerció durante quince años su cátedra de Literatura Preceptiva –especializado en retórica y poética– en el instituto provincial de Córdoba. También fue académico de esta Real Academia y, a propuesta de ésta, el Ayuntamiento le dedicó la calle. Miguel Salcedo nació en el tramo, anterior a la apertura de la calle Cruz Conde, que se llamaba Cuatro Esquinas. Es una casualidad, desde luego, pero no podemos dejar de encontrar interesante y hasta emocionante el hecho que une a dos poetas y académicos de esta casa.

Poco después de su nacimiento, la familia Salcedo Hierro se trasladó a la calle Conde de Cárdenas, a la casa en la que actualmente se ubica el hotel Conde de Cárdenas. Una casa de arquitectura típica cordobesa, con pequeño zaguán y cancela de hierro que daba acceso al patio, que tenía en el centro un macetón recubierto de azulejos de inspiración califal donde crecía una palmera. También tenía pozo y una escalera que conducía al piso superior, donde la familia vivía en invierno; para combatir los rigores veraniegos, se trasladaba, al piso de

abajo. Precisamente en verano, a la caída de la tarde, sin horario prefijado, iban llegando visitas de familiares y amigos, que departían en animadas tertulias hasta altas horas de la madrugada. En esa casa, junto a sus hermanos, sus padres y el matrimonio formado por su tía Francisca y el marido de ésta, Manuel García Berral –el que le regaló el babero– transcurrió su niñez y juventud. Tenían un gato al que llamaron *Mussolini*, al parecer, bastante útil durante la guerra civil, ya que avisaba de los bombardeos. De pronto, se levantaba, se desperezaba y se deslizaba silenciosamente, escaleras abajo, para refugiarse en un semisótano que se usaba como despensa. No tenían más que seguirle. Entonces empezaban a sonar las sirenas. Un día *Mussolini* desapareció, no al uso de los gatos, que van y vienen en el ejercicio de sus devaneos, sino de una forma más definitiva. Por una broma de los propietarios de una taberna próxima, acerca de un arroz con conejo, y porque emitían maullidos cuando les veían pasar, supieron cual había sido el triste destino de tan inteligente y útil gato. Lo cierto es que la sensibilidad del poeta que ya habitaba en la cabeza del preadolescente Miguel, jamás olvidó la crueldad del hecho, tanto para el gato como para sus apenados dueños, y nunca en toda su vida consintió en comer conejo o liebre. Realmente, una vez cometida la tropelía, ¿qué necesidad había de hacérselo saber a aquellos niños que buscaban a su gato?



Carmina y Miguel el día de su boda, celebrada en el santuario de Santo Domingo. (Foto Tejada/Archivo familiar Salcedo Morilla, en adelante AFSM).

Conoció a Carmen María Morilla Aguilar –Carmina– cuando ella tenía dieciséis años y él veintitrés. Los dos se enamoraron perdidamente y a partir de entonces caminaron unidos, inseparables, como pueden recordar quienes les conocieron. Se casaron el 18 de mayo de 1950, en el santuario de Santo Domingo de Scala Coeli, oficiando la ceremonia Fray Albino, el entonces obispo de Córdoba, teniendo como padrinos a Baldomero Moreno Espino y su esposa. Miguel Salcedo falleció el 19 de mayo de 2010, un día después de cumplir los sesenta años de casados, sus bodas de diamante, que emocionados, recordaron en la Cruz Roja, donde Miguel estaba ingresado, ya muy grave, pero absolutamente lúcido. Del feliz matrimonio nacieron dos hijas: Carmen María, el 10 de septiembre de 1951, y María del Sol, el 5 de marzo de 1954. De cada nacimiento hicieron una tarjeta para comunicarlo a sus amigos:

Campo donde el Tiempo siembre
sus virtudes milagrosas;
mazo apretado de rosas,
que nació el diez de Septiembre,
es nuestra Carmen María:
flor de los dos corazones
que, en ella, sus ilusiones
unieron desde ese día.
Para que sean testigos
de nuestro acontecimiento
la fecha del nacimiento
conozcan nuestros amigos;
pues estrella que así brilla
libra de humano destierro
a Carmen María Morilla
y Miguel Salcedo Hierro.

Córdoba, 1951

Carmen María Morilla Aguilar y Miguel Salcedo Hierro comunican a sus amigos:

Que el día cinco de marzo
trajo hasta nuestro balcón
la cigüeña de los cuentos,
por mandato del Señor,
una cesta entretejida
con pétalos de ilusión

donde una niña preciosa
se entregaba a nuestro amor.
Como la Virgen María
llena nuestra devoción
y como ya las estrellas
retiraban su fulgor
quisimos ponerle nombre
de amanecer y oración,
y por eso decidimos
llamarla María del Sol.

Córdoba, 1954

La trágica muerte en accidente de automóvil de Carmen María, en 1971, con tan sólo diecinueve años, marcó en la familia un antes y un después. Con el corazón traspasado, como el de las vírgenes tan cantadas en Semana Santa, sufrieron el duelo en todas sus fases, porque el duelo invadió todas y cada una de las parcelas de sus vidas. Fue un cataclismo que les conmocionó y les sacudió desde la raíz; su desesperación exigía respuestas que nunca encontraron...

Tanto dolor quedó reflejado en un soneto impreso en la tarjeta recordatorio:

Señor, ¿por qué? Por mucho que imagino
no encuentro tu razón, que nos inmola.
¿Por qué, Señor? ¿Por qué murió tan sola,
quebrada en flor en medio de un camino?
Ojos tan bellos nunca el vespertino
crepúsculo cerró, ni la amapola
rozó nácar más claro, en caracola
que dio rumor de sangre sin destino.
El beso vacilante de una estrella,
fue, Señor, la constancia de tu huella,
que el ángel guardador puso en su frente.
Y esa es la luz de este momento triste:
aceptar que alba y pura la escogiste
para darle más gloria eternamente.

Y el mismo dolor, en la décima que fue cincelada en la lápida tras la que reposan los restos mortales de Carmen María, en el cementerio de San Rafael.

¡Misericordia, Señor,
para la que aquí reposa.
Ella te dio, generosa,
su vida, que era una flor.
Te ofrecemos el dolor
mortal de su lejanía,
y para que alcance un día
gloriosa resurrección,
acepta la donación
de nuestra inmensa agonía!

Poco a poco llegó la aceptación de lo irremediable, porque sus vidas no se detuvieron, más bien al contrario. Fue la época en que Miguel investigó más y publicó más. Y fue la época en que Carmina retomó sus estudios y cursó la carrera de Arte Dramático en Sevilla, y al término de ésta, se especializó en caracterización junto a Julián Ruíz (Julipi) y su esposa, Antoñita de Ruíz, cuyo auténtico nombre era Telesfora Galeana Fernández; pero ella eligió el otro nombre. Para dar una idea de la categoría de tales maestros, basta citar unas cuantas de las producciones cinematográficas en las que intervinieron: *55 días en Pekín*, *Doctor Zhivago*, *La caída del imperio romano*, *Los santos inocentes*, *El perro del hortelano*.... En 1984, con el primer nieto a punto de nacer, la familia Salcedo Morilla volvió a celebrar la Navidad.

El poeta

El Miguel Salcedo Hierro poeta manifestó muy pronto su vocación, provocando a veces las burlas, nunca malintencionadas, de sus compañeros de instituto. Él se defendía diciéndoles que en el futuro no se sabría nada de ellos, mientras que él sería célebre. Esto le valió una nueva burla –siempre la recordó con cariño– puesto que las pizarras del instituto amanecieron con la frase repetida una y otra vez: “Yo seré célebre, yo seré célebre, yo seré célebre...”. Y en la Sala de los Célebres está su retrato, como recoge Solano Márquez en su libro sobre Bodegas Campos. Lo cierto es que desde el principio y hasta el final de sus días, la poesía fue elemento transversal en cuantos estudios e investigaciones realizó, en cuantos trabajos desempeñó y en cuantos puestos ocupó.



Retrato al óleo de Salcedo Hierro por el pintor José Duarte, que en 1950 dedicó “al amigo y gran poeta”.

Profundo conocedor de la métrica –versos, estrofas y poemas– y, sin duda, influenciado por su estudio, conocimientos y dirección de las obras de nuestro teatro clásico, su poesía, es existencial y conservadora, y como ya hemos podido comprobar, salvo en las producciones impregnadas por la tragedia, se desenvuelve en temas de amor romántico y galante, como en estos poemas dedicados a Carmina. El primero, escrito en el pergamino de una pandereta, que ella conserva celosamente en la coqueta de su dormitorio junto a las cintas de colores –el tiempo se ha encargado de apagarlos– que estuvieron prendidas en la capa de estudiante de su época de tuno; en una de ellas, la enamorada novia bordó una bailaora.

Para que en un villancico,
recordándote mi amor,
suene la pandera, aplico
mi verso, que es una flor:

flor de tu boca risueña,
de tu risa, de tu frente,
de tu carita que sueña
un cariño dulcemente.
En él te digo: “Te quiero,
novia, ilusión presentida,
y que él sea el mensajero
de nuestro amor, que es mi vida.
Miguel, 1949

Las tres composiciones siguientes están escritas en las varillas de un abanico que Miguel regaló a Carmina:

Mano de lirio y de rosa
en cuyos dedos se posa
la tímida mariposa
que tu abanico forjara;
abanico que sostienes
y que es una leve pluma
cuando, al rozarte las sienas,
borda caminos de espuma.
Bella mano, en tu abanico
yo te quisiera prender,
como un homenaje rico,
un beso de amor, mujer.
Y tú, que me maravillas,
recibe por el conjuro
de tu mano en las varillas,
mi beso, diamante puro,
que te ofrezco de rodillas.
Miguel, 1948

Para una “bailaora”,
labios de grana,
mi copla con un ritmo
de sevillana.
¡Que es un lucero
que deslumbra en destellos
de amor primero!
Yo quisiera decirte,
novia preciosa,
que tu rostro es de nardo,
jazmín y rosa.

¡Y así me explico
que sea un jardín
el arco de tu abanico!
Miguel, 1948

Amor: traigo para ti
la brisa de una canción;
del cielo la recogí
y hoy la entrego como un don
porque tu abanico, así,
te diga cómo te di
la brisa de mi ilusión.
Miguel, 4-6-48

Y esta otra fue regalo de Reyes en 1948. Carmina también la conserva enmarcada y colgada en la pared cerca de ella, donde puede verla.

Carta abierta

Adorada Carmina:

Los tres Reyes de Oriente,
antes de que tú admires su rica caravana,
te escriben estas líneas ceremoniosamente
a la vez que, mirándote, dormida dulcemente,
te entregan un regalo de su tierra lejana.
El orbe luminoso a tus plantas se inclina
porque eres en el Reino del Amor la princesa;
marfiles de la India, cedros de Palestina
y esmeraldas de Persia formaron la divina
fragancia de tu rostro de linda cordobesa.
En la linfa del Tigris se copió tu figura;
el Yang-Tsé-Kiang la puso de China en la muralla,
y los juncos del Nilo trenzaron tu cintura
y a tu cuello de armiño le dieron su blancura
las elevadas cumbres del nevado Himalaya.
Por eso, ante el preciado presente que te hacemos
envuelto entre celajes de dorado tisú
no viene la hermosura con todos sus extremos.
Pudimos transportarla; mas no te la traemos
porque, dinos, ¿qué existe más hermoso que tú?
Gaspar y Baltasar, mis hermanos queridos,
preguntaban, mirando llegar la Epifanía:

“¿cómo le llevaremos regalos distinguidos
si las Hadas le han hecho con oro los vestidos
y tiene una sonrisa de nardo y pedrería?”
Y entonces, yo, sintiendo que por mi boca hablaba
de la sabiduría la más pura razón,
conociendo que un claro pensamiento expresaba
dije, a la vez que el lino de mi barba mesaba:
“Ya sé: le llevaremos, hermanos, la Ilusión.”
Ese es nuestro presente. ¡La ilusión preferida!
¡Es la que ningún viento perturbador arranca!
¡La que es maravillosa bandera de la Vida!
¡La que vive en nosotros silente y escondida;
mil veces dulce y bella, y otras mil pura y blanca!
¡Es ésta nuestra ofrenda! ¡No te hemos encontrado
en las lejanas tierras un regalo mejor!
¡Y si tú lo recibes con mimo y con agrado,
guardándolo, su anhelo profundo habrán logrado
los tres Reyes de Oriente.

Saluda

El Rey Melchor.

Vemos que el poeta domina con soltura todo tipo de métricas, pasando de cuartetos y seguidillas a quintetos alejandrinos y romances heroicos. Exalta la belleza, el paisaje... Su tema preferido es Córdoba, sus calles, sus plazas, sus jardines; los sonidos y los silencios de la noche, como puede comprobarse en su primer libro, *Miniaturas* (1948). En su obra, la poesía religiosa tiene mucho peso y está contenida principalmente en los pregones de Semana Santa (los de Córdoba, en 1948, 1974 y 2000; y en 1964, en la casa de Córdoba en Madrid). De Córdoba, y de varias ciudades y villas de la provincia; y varios años de pregones a la Romería de Santo Domingo (1951, 1960, 1977, 1989) y a la Romería de la Virgen de Linares (1961, 1973, 1985); perteneció a ambas hermandades hasta su muerte; y por ese mismo motivo se sintió muy honrado cuando pronunció el pregón de la coronación de la Virgen de las Angustias y con el de la coronación de la Virgen de la Fuensanta. En estos pregones, junto a la fe sincera, se muestra la sensualidad a la que antes hicimos referencia: el aire, los sonidos, los aromas, las callejas. A esto no podía ser ajena su formación teatral, su claro concepto de la puesta en escena. Veamos el siguiente poema:

La primavera y la cruz

Gracias, Señor, por dejar
que llegue la primavera.
El mundo se torna altar
para poderte oficiar
toda una liturgia entera.
Los campos cubres de flor,
la noche aromas de esencia,
todo tiene un resplandor.
Yo sé que eres tú, Señor,
que así nos das tu presencia.
El perpetuo florecer
se manifiesta visible,
pues el embrión de ayer,
tras un día, viene a ser
criatura entera y posible.
Y así, vibramos al goce
del abrirse de las rosas
en facetas prodigiosas.
Y así, el que no te conoce,
puede sentirte en las cosas.
La vida en pleno bullir;
y nos ilumina un halo
deslumbrante de zafir.
Señor, ¡qué inmenso regalo
para nosotros vivir!
¡Qué inmenso gozo tener
al mundo por compañero,
con el mundo florecer,
renovar, vibrar, crecer,
en ese amor tan sincero!
Tú estás en el misterioso
entreabrirse de una flor.
Tú estás en el prodigioso
laberinto de color
de un cielo maravilloso.
Tú estás en el agua clara
que da su canción remota.
Tú estás en la lluvia rara
que por besarme la cara
deja en mi frente su gota.
Tú estás en el rruiseñor
y en esa alondra primera.

Tú te dejas ver, Señor,
cuando con tu resplandor
nos llega la primavera.
Pero para más quedar,
para tener más consciencia
de ti, que te sabes dar,
primavera viene a estar
unida a la penitencia.
Y por eso las mejores,
las más portentosas flores
de los campos andaluces,
que sueñan con tus amores
y sienten con tus dolores,
son la estampa de tus cruces.
Son ellas, la floración
más perfecta que se ha visto:
las cruces en procesión,
en cada cruz está Cristo
y con él, su corazón.
He aquí un símbolo de vida:
la cruz, donde todo espera,
la cruz que nos redimiera,
y que ahora, al alzarse erguida
se hace la flor preferida
que nos da la primavera.

Es imprescindible incidir en la polifacética personalidad Salcedo Hierro, imaginativa, original y fecunda: poeta, narrador, autor y director teatral, profesor, conferenciante, pregonero, mantenedor de juegos florales, investigador y recopilador gastronómico. En la guía telefónica, en el espacio destinado a la profesión –puesto que cuando solicitó el teléfono aún no la tenía porque era muy joven–, se inscribió como escritor, pero por encima de todo, era orador. Dominaba la palabra hablada, como requería su formación teatral, pero su palabra no era sólo una bella envoltura, sino que estaba llena de contenido. Esto coincide con su concepto de poesía, definido por él mismo en su contestación al discurso de ingreso como académico numerario de Manuel Gahete Jurado:

Comúnmente suele darse por descontado que la poesía es aquel sector de la literatura que elabora sus composiciones en verso. Y, obviamente, sabemos que el verso es la palabra o conjunto de pala-

bras sujetas a medida y cadencia o sólo cadencia; pero éste sometimiento de la poesía al riguroso encuadre de la versificación, puede, sin deseárselo, llevarnos a graves errores. Porque ritmo y rima solamente son elementos adicionales de la creación poética. Lo importante es que la poesía –manifestación del espíritu– haya impregnado de su hálito la obra creada, sea cual sea el lenguaje primordial de la expresión y la comunicación. Como es de rigor, el verdadero poeta, es el que vibra, crea y transmite su mensaje de tal manera que es capaz de hacerlo traducir a cualquier idioma. Naturalmente, ritmo y rima no podrían ser traducidos.



Salcedo Hierro consulta un libro en su biblioteca, en compañía de su perro *Ulises*. (AFSM).

A su vez, Miguel Salcedo cita la

definición irrefutable por proceder de la mano y pluma de Miguel de Cervantes, quien la dejó grabada en la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*: La poesía, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella; pero esta doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios: ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio.

Poesía y teatro, definido por él mismo en su discurso de ingreso como académico numerario de esta Real Academia, que llevó como título “La voz iluminada”, que da nombre a este trabajo. Para él, la simplificación del teatro era eso: una voz y una luz. Una voz comunicando y una luz concentrando la atención del público. Pero en el caso de Miguel Salcedo Hierro, su propia voz tenía luz, claridad y colorido; reflexionaba, ilustraba y guiaba; hacía parecer a los oyentes más inteligentes y buenos. Tenía la rara cualidad de conectar rápidamente con el auditorio, viéndose éste representado y reflejado en el sentimiento del orador. En cualquier exposición pública, el éxito estaba asegurado. Como se suele decir en lenguaje coloquial, “se llevaba a la gente de calle” o “acababa con el cuadro”.

En este sentido, encontramos interesante la apreciación de este aspecto por su nieto, Álvaro Donate Salcedo:

Evidentemente, además de su figura como escritor y cronista, para mí, era mi abuelo, pero no pretendo hablar en este momento de la obvia relación de cariño que hay entre un abuelo y su nieto. Poco puedo decir de su figura pública que no sea conocido, pero contaré la maravillosa emoción que me invadía cada vez que tenía el placer de escucharlo hablar ante un mar de gente, de observar su magistral dicción, su infalible seguridad y la expresión anonadada en los ojos de los oyentes. Es decir, me fascinaba su talento como orador así como su maestría en la técnica que había desarrollado. Recuerdo especialmente una ocasión en la que nos trajo una antigua cinta de cassette para que la reprodujéramos en el viejo aparato que teníamos. En aquella cinta estaba grabada su voz, pero no la voz que tenía en aquel momento Miguel Salcedo Hierro, que ya

superaba los 75 años, sino la voz que aquel hombre había poseído en el ecuador de los 50, en un pregón grabado por aquel entonces. Su templada voz, de un timbre totalmente distinto al que yo conocía, no tenía rastro de acento y su dicción era perfecta. Me sorprendió que a duras penas fui capaz de reconocerla a pesar de que había escuchado la voz de aquel hombre desde que tengo memoria. Era mi cariñoso abuelo, al que veía en su despacho todos los días con la luz encendida por la mañana temprano, con el que iba todos los domingos al campo, pero al escucharlo esta vez, fue la primera en que fui consciente de toda la dimensión del dramaturgo, del orador y del poeta.

En 1964 publicó su guía de Córdoba y la Mezquita, y en ella se dirige al viajero:

Este libro lo ha escrito para ti un hombre que nació y vive en Córdoba. Un hombre que conoce y ama a su ciudad con toda la fuerza de su sangre, y que querría que tú la conocieras y amaras también.

A tu discreción le vendrá bien haber andado muchas tierras para comunicar con las gentes de Córdoba, porque esas gentes te harán conocer de sus ideas intercambiándolas con las tuyas.

Abriendo este libro, situándote en el lugar de la ciudad donde está tomada la primera fotografía no tienes más que empezar a caminar... Verás por ti mismo la maravillosa población sólo con ir andando y pasando las páginas.

Viajero, dame la mano. Te lleva a la Puerta del puente, y te deja ante el soneto de Góngora, un hijo de Córdoba, que espera de ti que te sientas feliz junto a su madre.

La Escuela de Arte Dramático

En Madrid, en el Barrio de las Letras, en el número 39 de la calle Atocha, se venera la imagen de Nuestra Señora de la Novena, patrona de los actores de España. El lienzo, atribuido a Bayeu el Mayor, representa a la Sagrada Familia, acompañada de San Juan Bautista niño. Los últimos sábados de cada mes, a las 12 de la mañana, se le ofrece una misa, que suele estar dedicada a alguna actriz o actor que haya fallecido recientemente.

El siguiente poema, dedicado a Nuestra Señora de la Novena, pertenece al discurso de ingreso en esta Real Academia que su autor, Miguel Salcedo Hierro, pronunció la noche del 17 de diciembre de 1966,

en el Palacio de la Diputación Provincial, para cumplir el precepto del Reglamento y ser nombrado Académico Numerario.

**Oración para ser rezada
por un actor**

De la Novena es, María,
tu advocación cariñosa;
mi actuación en ti confía,
porque mi trabajo guía
tu mano, entre la enredosa
selva de mi fantasía,
y en una ofrenda piadosa,
que a nadie le entregaría,
—con nobleza generosa—
te ofrezco como una rosa,
la función de cada día.
Virgen amada y amante,
que, como un faro, vigilas
mis sueños de comediante;
que haces mis frases tranquilas
porque —el público delante—
proteges en cada instante
nuestra función, cuando hilas
con delicado bramante
—y en hacerlo no vacilas—
un teatro fulgurante,
bajo el don, siempre constante,
del oro de tus pupilas.
Gracias por mi vocación,
Señora de la Novena:
dame, Virgen, santa y buena,
el puente de tu perdón
y cuando caiga el telón
de esta vida que hoy me llena;
cuando termine mi escena
y no quede otra función,
embriágame de azucena,
duérmeme con tu canción,
y éntrame en tu corazón
con una muerte serena.

A él, claro, le habría gustado dedicarse exclusivamente a la literatura, incluso pensó en estudiar periodismo, pero la familia le inclinó

hacia la carrera de Comercio, más apropiada para colaborar en el negocio de las maderas. Estudiaba en Córdoba e iba a examinarse a Cádiz; le faltaron dos asignaturas para terminarla, cosa que nunca quiso hacer, como una especie de quema de naves. Durante un tiempo trabajó en el ayuntamiento, a la vez que en Radio Córdoba, donde dio rienda suelta a su producción literaria: poesía, teatro, seriales radiofónicos y retransmisiones de todo tipo.



Expresivo y sonriente gesto de Miguel Salcedo Hierro, que refleja fielmente su personalidad. (AFSM).

Como las aguas que se acumulan sin encontrar salida, hasta que hacen saltar por los aires todos los cauces, su vocación, tanto tiempo contenida, arrolló definitivamente cualquier prejuicio y estudió Arte Dramático en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid, donde recibió clases de Declamación, Dicción, Historia de la Literatura Dramática e Indumentaria de José de Larra, descendiente del famoso periodista y crítico teatral. En 1947, siendo ministro de Educación Nacional José Ibáñez Martín –padre de Pilar, la mujer que se casó con el fugaz presidente de gobierno, ya en democracia, Leopoldo Calvo Sotelo– se creó la plaza de profesor de Declamación, como sección acogida al Conservatorio Superior de Música de Córdoba, que muchos años más tarde se llamaría Rafael Orozco, en honor de su ilustre alumno. (Esto, con más amplitud, está contado por la que aquí escribe, en el discurso de ingreso como académica correspondiente con residencia en Córdoba, pero es absolutamente necesario que figure en una biografía de Miguel Salcedo Hierro, por leve que sea).

En 1948 se convocaron las oposiciones para cubrir las plazas de Declamación en Sevilla, Málaga y Córdoba. Nuestro académico se presentó, las aprobó con el número uno, con la unanimidad del tribunal, y eligió la de Córdoba, que había ocupado interinamente hasta ese momento. La de Málaga fue obtenida por Ana Adamuz, una actriz que había completado su formación en la compañía teatral de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. La de Sevilla fue obtenida por

José María de Mena Calvo, otro ilustre cordobés, también académico nuestro.

Ambos opositores, Miguel y José María, fraguaron una profunda amistad que se mantuvo a través de los años. Uno en Sevilla y otro en Córdoba, establecieron las bases de lo que después serían Escuelas Superiores de Arte Dramático. Miguel Salcedo siempre tuvo presente como primer objetivo seguir el plan de estudios de la Escuela de Arte Dramático de Madrid, que pasó a llamarse así en el año 1952. En esa época toda la Administración estaba centralizada en Madrid y su intención era no desmarcarse, no quedarse atrás, para que, llegado el momento, no se le pudiese achacar a Córdoba un plan de estudios anticuados que otorgase a la de Madrid mejor rango. Pensando que la unión hace la fuerza, mantuvo hilos de comunicación con las escuelas andaluzas y con la de Murcia, procurando que las actuaciones de todas fueran coordinadas, conjuntas y paralelas a la de Madrid.

Durante mucho tiempo, la Declamación en Córdoba tuvo a Miguel Salcedo Hierro como único profesor. En cierta época trabajaron como profesores, sin cobrar, a la espera de que crearan unas plazas que les habían prometido, José Herrera Duchemín –inolvidable intérprete de *Don Juan Tenorio*, al que representó en cientos de ocasiones– y Antonio Ojeda Carmona –asimismo académico numerario de esta casa–. Ambos lo dejaron al cabo de un tiempo, aburridos de la espera y de trabajar gratuitamente. Esta precariedad inicial contrasta con la, en comparación, casi opulenta Escuela de Arte Dramático actual, que desde 2007 lleva el nombre de Miguel Salcedo Hierro.

En 1947 el Conservatorio, que conserva la ubicación, era un lugar inhóspito, sin calefacción y lleno de goteras, mínimamente adaptado a las enseñanzas musicales. Si llegaba algún dinero extra, era para comprar un piano. ¿Quién podía pretender alguna concesión al teatro? Las profesoras de música –Carmen Muela, María Teresa García Moreno (académica en el recuerdo), que fue profesora del académico numerario Juan Miguel Moreno Calderón, Carmen Flores, que lo fue de Rafael Orozco, Concha de la Garma, María Luisa Delgado– en los meses fríos, encargaban al conserje, pagándolo de su bolsillo, que les encendiera unos braserillos de picón para poder resistir y calentarse los dedos antes de pasarlos por las teclas del piano en aquellas aulas de techos altos y puertas con rendijas por donde se colaba el aire helado. Hacía más frío que en la calle, cosa muy frecuente en Córdoba, sobre todo, hace setenta años.

El aula de Declamación cambió de sitio varias veces. Daba lo mismo, porque todas las aulas eran igual de malas. Como escenario, lo

máximo era la tarima de la mesa del profesor. En una de ellas, que estaba en planta baja, se hundió el suelo y, para evitar accidentes, situaron la mesa del profesor sobre el socavón. Conservo un vago recuerdo de niñez de algún ensayo sobre esa mesa, pero no estoy segura de que fuera en serio o de que no sea una mala pasada de la memoria. Probablemente se trató de alguna broma de los alumnos. Como no había teatro donde realizar las prácticas, se utilizaba el Salón Liceo del Círculo de la Amistad. Y también el escenario de su cine-club Liceo, fundado por Rafael Mir Jordano (académico numerario) y Joaquín Martínez Bjorkman, donde se hicieron representaciones de auténtica vanguardia, entre ellas, varios ciclos de teatro del absurdo.

El sueldo del profesorado era exiguo; tanto, que en una visita a Córdoba de Manuel Lora Tamayo, que fue ministro de Educación Nacional entre 1962 y 1968, en reunión mantenida con el profesorado del Conservatorio, trató el asunto del sueldo. Miguel Salcedo le informó: “Mire usted, para que pueda hacerse una idea de para lo que nos alcanza el sueldo: Cuando cobro el sobre del mes, le añado 80 pesetas y le pago a la muchacha que sirve en mi casa.” Esto era rigurosamente cierto porque él ganaba 620 pesetas, y la muchacha, 700.

Para sobrevivir, los profesores-músicos daban clases particulares y en colegios e institutos; algunos, por las noches, dicho sea con todo respeto, aunque se preste al chiste fácil, tocaban en los cabarés de Cercadilla. En 1965 se produjo aquella subida de sueldos brutal, que los funcionarios, actualmente ya jubilados, recordarán. Y Miguel, que había compatibilizado sus clases con la gerencia del Patronato de la Sagrada Familia, primero; a continuación, con una librería que puso en la calle Góngora y, por último, con representaciones de casas comerciales –libros, turrónes, chocolates– y una distribuidora de libros, pasó directamente de las 620 pesetas mensuales a 13.500. No se lo podía creer.

Precisamente, las representaciones –no las teatrales– terminaron conduciéndole a la presidencia del Colegio Oficial de Agentes Comerciales de Córdoba, cargo que podría considerarse disonante en su currículum, si no conociéramos la valentía y la determinación de su resolutivo carácter. José María Ortiz Juárez, insigne académico nuestro y gran amigo suyo, solía decirle: “Miguel, me admira que combines a la perfección las cualidades de un poeta con las de un hombre de acción”, comparándole con el decidido Quintín, protagonista de *La feria de los discretos*. Manuel Gahete, en la biografía de José María Ortiz, da noticia de esta amistad y de los viajes –viajecillos, la mayoría de las veces– que en compañía de sus esposas realizaban. Miguel recordaba como especialmente divertido un viaje a León, y las bromas

que, en forma rimada, se produjeron a costa de San Froilán, patrón de la provincia de Lugo y de la diócesis de León, y los dulces llamados huesos de San Froilán.

En 1966 se incorporó la Danza al Conservatorio, con Luis del Río como profesor; éste, que acababa de dejar el baile profesional, ya se marchaba de Córdoba buscando otro tipo de trabajo, supo por Miguel Salcedo de la creación de una plaza de danza y las correspondientes oposiciones a ella. Juntos formaron tándem en el proceso de independización del Conservatorio, con el que siempre mantuvieron magníficas relaciones

El 11 de junio de 1970 fue inaugurado oficialmente por los Reyes eméritos, cuando eran Príncipes de España, el nuevo y rehabilitado Conservatorio de Música, Declamación y Danza. El aula de Declamación, que tuvo por vecina la de Canto, cátedra impartida por Carlos Hacar Montero, contaba con un coqueto escenario al que se subía por dos escalerillas, una a cada lado; su decorado natural era un gran ventanal con persiana de láminas, que daba a la calle Juan de Mena. El espacio restante estaba ocupado por la mesa y el sillón del profesor y un par de docenas de sillones de un solo brazo, que servían de asiento al alumnado, y al público, cuando se hacían actuaciones abiertas a él, que fueron muchas: festivales de primavera, todos los años; ciclos dedicados a poetas, sobre todo, cordobeses –Juan Morales Rojas, Mario López, Luis Jiménez Martos, Pablo García Baena– y andaluces, escenas de teatro clásico... Las obras que necesitaban más espacio se representaban en el teatro del Conservatorio. Con los trabajos realizados, como prácticas, se hacían pequeñas giras por los pueblos de la provincia. En alguna ocasión se representaron obras de teatro clásico en el Alcázar de los Reyes Cristianos, cuando se celebraban los Festivales de España. Los alumnos, ya graduados, permanecían cercanos a la Escuela y colaboraban con ella en papeles especiales o manejando la luz, el sonido, la tramoya y la utilería.

La Escuela de Arte Dramático de Córdoba tenía fama, en aquellos años de dictadura, de tolerancia en cuestiones políticas y solían venir a examinarse por libres actrices y actores de teatro independiente, que en Madrid estaban vetados. Y es que necesitaban la carrera para trabajar profesionalmente; para obtener un carné que autorizaba expresamente para trabajar en teatro, circo y variedades: *totum revolutum*. Venía un grupo de teatro llamado Los Goliardos que con toda seriedad realizaba los exámenes teóricos y presentaba el número de escenas –elegidas por ellos– exigido. Ensayaban en el teatro-auditorio. En una ocasión trajeron una escena de alto contenido erótico. Cuando llegó el

momento del examen, que era público, viendo Miguel que varias profesoras de música tomaban asiento en la tercera fila, las avisó de la escena, porque –cosas de entonces– como eran solteras, pudiera ser que hiriese su sensibilidad; y ellas, con toda franqueza, contestaron: “Ya lo sabemos; si por eso hemos venido”. Una vez muerto Franco, Los Goliardos no volvieron.

También se examinaban por libre las actrices y actores del Teatro-Escuela ARA, de Málaga, así llamado por las iniciales de Ángeles Rubio Argüelles, su fundadora y directora y gran luchadora por la recuperación del Teatro Romano de Málaga. En ARA dieron sus primeros pasos Antonio Banderas, María Barranco, Fiorella Faltoyano, Raúl Sández, Antonio Melibeo... Ángeles Rubio Argüelles, que estuvo casada con Edgar Neville, el dramaturgo autor de *El Baile*, *La vida en un hilo* y *Alta fidelidad*, había tenido desencuentros con la Escuela de Arte Dramático de Málaga y traía a sus alumnos a examinarse aquí. Se creó una corriente de trabajo entre ARA y nuestra escuela que desembocó en amistad y agradecimiento de ARA a Miguel Salcedo, de manera que, en vida, le legó todo el vestuario de su teatro-escuela. Miguel Salcedo, a su vez, lo donó a la Escuela de Arte Dramático que hoy lleva su nombre.

La ley General de Educación, impulsada por José Villar Palasí, ministro de Educación y Ciencia, que reformó todo el sistema educativo, desde la educación primaria hasta la universidad, trajo nuevos aires a las enseñanzas artísticas, creación de asignaturas y más profesorado, que se nutrió de alumnos que se habían graduado en ella: Antonio Barrios, Juan Antonio Sáez –padre del académico Manuel Sáez– Carmen Morilla –en la asignatura de Caracterización– María del Sol Salcedo –tres cursos interina en la asignatura de Ortofonía y dicción–, María Luque, Dolores Martorell, Ramón Donate –profesor de Indumentaria, procedente de ARA– Felix Cañal –director de la escuela tras la jubilación de Miguel– Carlos María Blanco, María Plaza, Ángeles Moya... Dos de nuestros académicos, Manuel Sáez Cano y Julio Sánchez Luque, cursaron Arte Dramático.

El año 1980 las Escuelas de Arte Dramático obtuvieron la independencia de los Conservatorios de Música. Inmediatamente después de la de Madrid, se independizó la de Córdoba y acudo al artículo que Juan Miguel Moreno Calderón, entonces director del Conservatorio, publicó en 2007 en el diario *Córdoba*, cuando la Escuela de Arte Dramático de Córdoba quedó bautizada con el nombre de Miguel Salcedo Hierro.



Antiguo palacio de los Fernández de Mesa o de las Quemadas, sede de la Escuela Superior de Arte Dramático, que hoy ostenta el nombre de su primer director Miguel Salcedo Hierro. (Foto FSM).

La Escuela Superior de Arte Dramático acoge esta noche un acto de singular importancia: a su habitual denominación añadirá desde ahora el nombre de Miguel Salcedo Hierro. Porque, de la misma forma que el Conservatorio Superior de Música decidió en su día honrar con análoga distinción al pianista Rafael Orozco (antiguo alumno del centro y luego artista de fama internacional) o, años después, el Conservatorio de Danza, al bailarín Luis del Río (figura capital en la historia de la danza en Córdoba, amén de bailarín de reconocido prestigio), con tanto o más motivo ha querido la Escuela que a ella estuviese ligado el nombre del principal artífice de su existencia, además de catedrático y director de la misma hasta su jubilación en 1988. Y así, una vez cumplidos los trámites necesarios, en el acto de hoy se dará solemnidad a lo que es un gran testimonio de reconocimiento y afecto a Miguel Salcedo. Lo cual es motivo de enorme alegría para quienes le queremos y admiramos, y para cuantos conocen lo mucho que este polifacético cordobés ha hecho por el teatro en nuestra ciudad. En realidad, por el teatro y por muchas otras cosas, porque Miguel representa, como pocos, los auténticos valores de amor a Córdoba. En sus cientos de artículos en este periódico, en sus conferencias, pregones y otras disertaciones, en sus libros y en su propio modo de vivir, percibimos indefec-

tiblemente ese cordobesismo, hondo y auténtico, que no pudo tener mejor recompensa que la de consagrarle en 1989 como cronista oficial de la ciudad.

Pero sé que lo de hoy toca la fibra más sensible de su ser. Porque, entre sus amores, a su familia y a Córdoba principalmente, el teatro ocupa un lugar especial. Y en ese contexto, la Escuela Superior de Arte Dramático, que desde 1980 existe en Córdoba como tal, pero que nació mucho antes y creció durante décadas en el seno del Conservatorio Superior de Música. Una historia que cumple sesenta años en este 2007, la cual tiene como protagonista principal a Miguel Salcedo. Pues, como digo, con él se iniciaron en 1947 los estudios de arte dramático en una institución oficial, y bajo su dirección fueron tomando carta de naturaleza e inusitada fuerza. En efecto, desde su cátedra de interpretación no cesó en su afán de conseguir que se otorgase a dichos estudios la categoría y el reconocimiento que les correspondían, pues aunque estaban recogidos en el llamado plan de 1942 (normativa con la que el ministerio de educación reorganizó los conservatorios) y reglamentados desde 1951 (de ahí el antiguo nombre de Conservatorio Profesional de Música y Escuela de Arte Dramático), hubieron de sortear numerosas dificultades y carencias de todo tipo en el ámbito de los conservatorios de música. Lo cual no fue óbice, sino todo lo contrario, para que Salcedo Hierro acertara a compatibilizar esa lucha por situar el arte dramático en su justo lugar, con el desarrollo del propio Conservatorio, del que fue subdirector durante largo tiempo.

Con su buen hacer, y el del director del Conservatorio a la sazón, Rafael Quero, se terminaría consiguiendo que Córdoba fuese la primera ciudad española, tras Madrid, donde la Escuela de Arte Dramático lograba segregarse del conservatorio de música respectivo y convertirse en un centro autónomo independiente. Sin duda, la personalidad y el prestigio de Miguel Salcedo fueron elementos determinantes para que en 1980 tal fundación de produjese. Personalmente, recuerdo aquello como una noticia triste, pues pocas cosas de mis años estudiantiles me resultan tan gratas y entrañables como el recuerdo de aquellas magníficas representaciones que, bajo la dirección de Salcedo, de Antonio Barrios o de otros profesores, preparaban los alumnos de la sección de arte dramático. Eran días de ambiente especial en el Conservatorio. Por lo que la marcha de ellos a un nuevo edificio, y su consolidación como centro autónomo, creo que produjo una sensación agrídulce en muchos alumnos de mi generación y en no pocos profesores de entonces: comprendíamos que eso era bueno para que pudieran desarrollar mejor sus actividades docentes, pero sentíamos que se nos iba algo muy querido. Por todo ello, hoy es un día especial para nuestro

Conservatorio, al que tanto dio Miguel Salcedo y en el que sabe conservará siempre un lugar de honor.

El Gran Teatro

Corría el mes de agosto de 1976, siendo alcalde de Córdoba Antonio Alarcón Constant. Éste se había ausentado unos días para pasarlos con la familia, que se hallaba de vacaciones en Torremolinos, dejando encargados de cumplir sus funciones a Luis Felipe Medina Cruz, teniente de alcalde de Urbanismo, y a Miguel Salcedo Hierro, teniente de alcalde de Cultura. Ambos estaban despachando juntos, asesorándose mutuamente. Luis Felipe comentó en voz alta:

–Fíjate, aquí aparece una solicitud de demolición de un edificio que hace esquina con la calle Zorrilla y Menéndez Pelayo –deliberadamente se ocultaba que el edificio correspondía al número 3 del Gran Capitán–.

–Me parece que es el Gran Teatro –contestó Miguel–. Espera, que voy a comprobarlo.

Y fue, y efectivamente era el Gran Teatro. Totalmente de acuerdo con Luis Felipe Medina y con la absoluta aprobación de Antonio Alarcón, que ya estaba al tanto de la cuestión, Miguel Salcedo presentó con urgencia una moción para detener el proceso, que fue aceptada. Naturalmente, hubo presiones externas en contra, dificultades, impedimentos, recursos y disgustos por parte de los propietarios, pero todo fue inútil y el respaldo oficial, inquebrantable en cada una de las etapas que hubo de recorrer el expediente, incluida su aprobación por las Cortes y posterior compra por el Ayuntamiento. Lo importante es que la moción prosperó y el Gran Teatro sigue en pie. La historia, que puede comprobarse en los archivos municipales, fue así de simple y de clara; la viví muy de cerca, por eso puedo decir con toda seguridad que nadie más en ese momento, político o no –aparte de los ya nombrados– tuvo intervención en el primer paso para la salvación del Gran Teatro.

Parecida suerte estuvo a punto de correr el cine Góngora, pero en este caso, siendo alcaldesa Rosa Aguilar, se actuó preventivamente, también Miguel Salcedo, que hizo uso de su tribuna en el diario *Córdoba* para defender al precioso teatro que mezclaba elementos de arquitectura popular mediterránea y andaluza con elementos modernistas y art decó. Fue adquirido por el Ayuntamiento en 2004.



En su etapa como teniente de alcalde de Cultura del Ayuntamiento de Córdoba, Miguel Salcedo, en el centro, da la bienvenida a un grupo de congresistas durante una recepción en el Alcázar de los Reyes Cristianos. (Foto Ladis/AFSM).

Tres poemas

Ya hemos hablado de la transversalidad de su poesía, desarrollada paralelamente a los devenires relatados. El poeta va madurando, pero no se retira de su orientación teatral; de hecho, casi todas sus composiciones están hechas para recitarlas ante el público. Por ejemplo, con motivo del aniversario del fallecimiento de Góngora, escribe el “Pliego de descargo para el Obispo Pacheco” y lo estrena en el Alcázar de los Reyes Cristianos el 23 de mayo de 1967.

Pliego de descargo para el Obispo Pacheco

Han dicho a su señoría
que rara vez voy al coro;
que entro, salgo, hago porfía
y sin guardar mi decoro
en él hablo cada día;
que me llena de alegría
ver desjarretar un toro
en las doradas arenas
donde el sol clava rejonos;
que trato vidas ajenas
en corrillos y ocasiones

bajo las piedras serenas
del Arco de Bendiciones.
Que vivo, en fin, como mozo;
que hablo entre burlas y veras;
que ello me causa alborozo,
pues frecuente, sin embozo,
casos y cosas ligeras.
Que a cómicos y danzantes
trato de muy buenas ganas,
y que estos representantes,
a través de mis ventanas,
suelen entonarse cantes
con las letrillas profanas
que yo les he escrito antes.
Quiero que sepa vucencia
cuán amargo
me sabe este pliego largo
que me mueve a penitencia.
Respondiéndole en conciencia,
con un pliego de descargo,
le diré que mi asistencia
al coro catedralicio
tal vez no haya sido tal
que merezca mi servicio
un elogio episcopal;
más por lo menos, igual
que otros asistí al oficio;
y si dejé mi sitial
y salí y entré unos días,
no fue por gozarme en ocios,
ni darme a bellaquerías,
sino por propios negocios
y necesidades mías.
¿Hablar en el coro? Por
Dios que este punto no cedo...
¿Cómo decirme hablador
si en el asiento me quedo
entre un sordo y un cantor?
¡Aunque quisiera, no puedo!
¿Que gusto conversaciones
y juntas escandalosas?
Si el Arco de Bendiciones
pudiera contar mis cosas,
veríais que en mil razones
con personas virtuosas

con las que cambié opiniones,
 pasé unas horas preciosas,
 tal vez por gozar los dones
 de un patio que, por blasones,
 tiene azahares y rosas.
 Asistí en la Corredera
 a una gran fiesta de toros;
 mas también Córdoba entera
 quiso hallarse entre los oros
 de la muerte y la quimera,
 pues allí se demostró
 que, en las largas balconadas,
 hubo varones de pro,
 ya con las testas nevadas,
 más o menos tonsuradas,
 y más órdenes que yo.
 ¿Que a cómicos suelo hablar?
 ¿Que ellos vienen a entonar
 coplas que tienen puntillas?
 ¡No me quieran achacar
 las puyas de esas letrillas!
 ¡Y si alguna hizo mi mano,
 que vucencia no se queje;
 de teólogo no me ufano;
 y así, aunque coplas bosqueje
 de pensamiento profano,
 más me valdrá ser liviano
 que ser tratado de hereje!
 ¿Que me gusta el alborozo?
 ¿Que huyo de los desengaños?
 ¡Yo no tengo tantos años
 como para no ser mozo!
 Si he de elegir, venga un trozo
 de vida, de sol, de dar
 un río que no se agote
 de esa esencia popular
 que en toda Córdoba es brote,
 Y quede, como estrambote
 de este pliego singular,
 el ruego particular
 con que, por salir a flote,
 sus manos pide besar
 el digno capitular
 Luís de Góngora y Argote.

Y con motivo del aniversario del nacimiento de Manolete, escribe “El hijo de Manolete” y lo estrena en el Círculo de la Amistad el 4 de julio de 1967.

El hijo de Manolete

De ser, Dios te hubiera ungido
con un bálsamo de gloria:
te habría correspondido
heredar la ejecutoria
de un varón esclarecido.
Manuel, aunque no has nacido,
quiero contarte una historia
que pudo ser y no ha sido.
Pudo ser, y fue, que un día
nació en Córdoba un torero
que ninguno igualaría
sobre el oro del albero.
Pudo ser, y fue, un lucero
cuyo destello seguía,
fascinado, el mundo entero.
Pudo ser, y fue, esenciero
que, en su interior, escondía,
por gala de Andalucía,
una voluntad de acero,
una ardiente fantasía,
un aire de romancero,
y una conciencia bravía
de cordobés altanero
que ser modesto sabía
no creyéndose el primero.
Puso ser, y fue, el mejor.
Pudo ser, y fue, el señor
de su vida y sus lugares,
y por sentir el honor
de pasar a los cantares,
en la plaza de Linares
se quebró su vida en flor.
Y pudo ser y no fue
lo que sigue...

La promesa
de una mujer y una fe:
una novia cordobesa
alzada en sus resplandores

a un novio entre los mejores,
y la ciudad en la empresa
de ver cómo se empavesa
con heráldica de flores,
la Virgen de los Dolores,
bendiciendo los amores
de una boda cordobesa.
Y pudo ser y no fue
tu nacimiento...

Y el pie
de gracias y de armonías
que desde niño traías,
bien pudo ser, y no fue...
De haber nacido, tendrías,
Manuel, dieciocho años,
aires de junco y clavel,
sin hieles, sin desengaños,
—flor de la vida, Manuel—
sin que te fueran extraños
el aplauso y el laurel.
Conocerías la estática
perfeccionada del reto;
sabrías de su dramática
manera de hacerse, quieto,
toda la escala cromática
de un arte puro y secreto.
Y pudo ser que, en los ruedos,
también tú en tardes de oro,
cumpliendo los mismos credos
de aquel triunfador sonoro,
mientras te aclamaba un coro
por cortárselas sin miedos,
alzaras entre tus dedos
las dos orejas de un toro.
Todo pudo ser así;
pero nada pudo ser;
y él nada llegó a tener:
ni novia, ni esposa, ni
la ilusión de tu nacer;
que un toro vino a romper
el don que iba a darte a ti.
Cincuenta años tendría
si viviera; llevaría
de plata los aladares;

sin duda, se mantendría
alto, erguido y todavía,
al pasar por Los Tejares,,
su corazón vibraría
con recuerdos singulares...
Pero todo es fantasía,
esperanza y lejanía:
No restan más que pesares...
Y el recuerdo.

¿Pudo ser?...

Solo queda una mujer
que, dentro de sí, lo lleva;
que lo acuna y que le canta,
y que, aunque el pelo le nieva
un tiempo que se agiganta,
en sus anhelos de santa,
siempre halla una copla nueva
que el corazón le remueva
sin llegarle a la garganta.
Sí, Manuel, tú no has podido
ver a un pueblo estremecido,
honrándose en la memoria
que tu padre ha merecido.
De ser, Dios te hubiera ungido
con un bálsamo de gloria;
te habría correspondido
heredar la ejecutoria
de un varón esclarecido.
Manuel, aunque no has nacido,
quise contarte esta historia
que pudo ser, y no ha sido.

Y en Madrid, el 19 de septiembre de 1969, con motivo de una reunión del Consejo General de Agentes Comerciales, estrenó la “Defensa apasionada del jamón”, dedicada a un agente comercial, miembro del Consejo, que era representante de una fábrica de jamones.

Defensa apasionada del jamón

En viejo tema me fundo.
desde la propia Creación
hay el concepto rotundo
–por unánime adopción–
de que lo mejor del mundo

es, sin dudarle, el jamón.
No nos aclaró el pionero
de idea tan difundida
por qué ese acuerdo severo,
para toda nuestra vida,
de que, al hablar de comida,
sea el jamón lo primero.
¿Fue que ya en tiempo lejano,
por impulso que arrebató,
metió el marrano la pata,
y el hombre, animal malsano,
así castigó a la ingrata
por castigar al marrano?
No sé, porque no me plugo
descubrir cuándo, en la Tierra,
la Humanidad sacó el jugo
que todo jamón encierra;
no sé si ello fue en la Sierra
de Trevélez o Jabugo.
No sé si el feliz retoño
halló en Guijuelo troquel;
ni si en León fue bisoño,
ni si tuvo cuna fiel
en los montes de Logroño
o en la ciudad de Teruel.
Ignoro si los marranos
curaron sus carnes vírgenes
bajo cielos valencianos;
ni si nobles, fuertes, sanos,
tuvieron nobles orígenes
catalanes o andorranos.
No sé si las negras noches
de las historias remotas
jamones a trochesmoches
crearon con las bellotas
del Valle de los Pedroches.
Tampoco sé si el portento
surgió en extremeños Barros
y yo tengo un documento
de que encontraron su asiento
en territorios navarros,
porque sé de un elemento
que vende el jamón por carros.
Lo que es general barrunto

es que lo exalta el más lerdo,
ya que el jamón es un punto
que a todos pone de acuerdo
menos a uno, que es el cerdo,
a quien no gusta el asunto.
Si desde edad tan remota
tuvo importancia fundada
¿por qué que en tanta parrafada
con que hoy la prensa se agota
por una industria soñada,
está cruelmente olvidada
la industria de la bellota,
siendo el jamón –tomen nota–
bellota industrializada?
Hoy que el mundo busca apoyo
en la industrialización
y que nos enseñan con
tan numérico rollo
que es preciso a la nación
salvar su lastre y su escollo,
siendo mundial opinión,
¿por qué no cuenta el jamón
en el Plan de Desarrollo?
Sí. ¿Por qué le abrimos cheque
en blanco a una hipocresía
que a nuestro sentir da trueque?
¿Por qué al darnos un guateque
donde el jamón halla vía
nos callamos su ambrosía?
¿Acaso es porque no peque
de soberbia y fantasía?
En toda mesa bien puesta
de un convite de importancia,
se queda una muestra expuesta
de sabor, vista y fragancia;
pues tapas sin discrepancia
dan al hombre noble fiesta.
Oigamos el rumorcillo
que en el recinto halla exceso
entre pinchante y cuchillo:
–Alárgueme ese platillo
de aceitunas. ¡Qué buen queso!
–Pues yo al mejillón me humillo.
–¡Qué almendras tan imponentes!

–¡Qué almejas: se masca el mar!
 –¡Qué mero! ¡Qué calamar!
 –¡De qué buenos ingredientes
 la ensaladilla! ¡El caviar!
 –¡La merluza, qué manjar!
 –¡El salchichón! ¡Los mordientes
 de vinagreta, excelentes!
 –¡Hinque al chorizo los dientes
 que está para reventar!
 ¿Por qué en tan amplía pitanza
 nadie la cuestión aborda?
 ¿Es falta de confianza?
 ¿Es que la gente está sorda
 o es que el silencio la engorda
 y así, no da su alabanza?
 ¡Lleguemos a la cuestión!
 ¡Justicia mi voz recaba
 para tanta humillación!
 ¡Que empiece la exaltación
 que el jamón necesitaba,
 porque es verdad, sin opción,
 que desde aquella edad brava
 en que la piedra era el don
 con que el hombre se afeitaba,
 en lunch, guateque o reunión,
 sin coincidir en la acción
 con lo que tanto se alaba,
 lo primero que se acaba
 es, desde luego, el jamón.

Cualquiera que haya conocido al poeta de cerca, sabe de su constante sentido del humor, totalmente opuesto a la seriedad que expresaba su semblante. Manuel María López Alexandre, compañero académico, unido a él por sentimientos, casi filiales, de cariño, respeto y admiración, no puede recordar sin una sonrisa, algunas anécdotas suyas o frases, que acababan convirtiéndose en sentencias. Y es que trabajaron juntos en muchas ocasiones, entre ellas, las de preparación de aquellos libritos –*Comer y beber con el refranero* y *La tapa, novia de nuestros vinos*– editados por el Consejo Regulador de Montilla-Moriles. También juntos, fundaron el Aula del Vino: López Alexandre como presidente y Salcedo Hierro como presidente de honor. Manuel siempre se refiere a él llamándole “mi maestro”; el mismo tratamiento que le da Julio Sánchez Luque.



Salcedo Hierro firma ejemplares de su libro *El Museo Julio Romero de Torres*, publicado en 1973. (AFSM).

Córdoba y Andalucía

Muchos acontecimientos importantes –no es necesario incidir más en el fallecimiento de su hija mayor ni en la salvación del Gran Teatro– en la vida del académico Miguel Salcedo Hierro se producen en la década de los años setenta del siglo XX. Con la editorial Everest publicó *Córdoba*, en 1971. En 1973 puso prólogo, ordenó, redactó y numeró los epígrafes –firmó el trabajo como académico numerario de la Real Academia de Córdoba– a la nueva edición de los *Paseos por Córdoba*, de don Teodomiro Ramírez de Arellano (obra inconclusa que Salcedo completaría para su edición ilustrada en fascículos por el diario *Córdoba* en 2001). Siguieron *El Museo Julio Romero de Torres* (1973) con fotografías de Zubillaga; precisamente en esa época, tras muchas gestiones a las que no fue ajeno, tuvo lugar la donación a la ciudad, por parte del hijo y las hijas de Romero de Torres, de la obra de su padre; *El Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba* (1975), con fotografías de Oronoz y la colaboración de Francisco Díez García y Paisajes Españoles, obra que obtuvo el Premio Nacional de Turismo Everest de ese año; y en 1976, *Córdoba en color. Córdoba eterna. Creencias, tradiciones y costumbres populares*, con fotografías del ar-

chivo Everest y la colaboración de Francisco Triviño y Ladis hijo. Todo esto, naturalmente, tuvo que ver con su etapa de teniente de alcalde de Cultura en el Ayuntamiento, que le permitió tener un contacto muy directo con los museos, contacto que renovó más tarde a través de la académica numeraria y actual directora de los museos municipales, Mercedes Valverde Candil, con la que colaboró estrechamente en diversos asuntos, manteniendo con ella la amistad que había tenido con su padre, el notario, académico y cronista oficial de Córdoba desde 1967 José Valverde Madrid.

En 1979, cuando ya soplaban vientos autonómicos, publicó *La cocina andaluza*, esta vez con la editorial Nebrija. Obtuvo el Premio Nacional de Gastronomía de ese año. Este libro, prologado por Matías Prats, trasciende la idea de simple recetario, que lo es, pero cada receta va acompañada de la localidad e incluso, algunas, de información sobre la persona que la aporta. Además, Salcedo Hierro, añade unas interesantísimas generalidades, con apoyos geográficos, bibliográficos, literarios e históricos. El libro –poco se había hecho antes en ese sentido– fue, coloquialmente, un auténtico bombazo, que agotó en poco tiempo varias ediciones y abrió camino a los autores andaluces, que se apresuraron a escribir sobre la gastronomía de sus respectivas ciudades y pueblos; un tesoro que vino a demostrar que la cocina andaluza, casi despreciada entre el resto de las cocinas españolas, es rica, variada, llena de personalidad y modelo de cocina mediterránea. Así que la década de los 80 estuvo marcada por la gastronomía: academias, certámenes, congresos, conferencias, pero sobre cualquier actividad, destacan sus colaboraciones en el diario *Córdoba*. A la vez, no lo olvidemos, estaba poniendo en marcha la Escuela Superior de Arte Dramático de Córdoba en el edificio de la calle Blanco Belmonte –Rafael Blanco Belmonte, también cordobés y poeta, miren por dónde–.

El cronista

Un año después de haberse jubilado como profesor en la Escuela Superior de Arte Dramático, es decir, en 1989, el 4 de julio, fue nombrado Cronista Oficial de Córdoba por el Ayuntamiento presidido por Herminio Trigo, contando con la aprobación unánime de la corporación municipal. Ya hemos dicho que José Valverde Madrid –que residía en Madrid– fue Cronista Oficial desde 1967 hasta 2003, año en el que falleció; ambos amigos y compañeros de academia, siempre se respetaron y continuaron con sus respectivas investigaciones sin el

menor problema. Para Miguel Salcedo, el nombramiento fue el mejor regalo; al fin y al cabo asumió de modo oficial su dedicación a Córdoba, trabajo que tomó con entusiasmo y renovadas ilusiones. La tercera página del diario *Córdoba* –“Cronista de la Ciudad”– fue la tribuna, el escaparate, donde dio cuenta de los acontecimientos cordobeses. Según Manuel Peláez del Rosal, en artículo publicado en el mismo diario el 16 de diciembre de 2010, “Miguel Salcedo no escatimó esfuerzos en dejar constancia de variados, entrañables e ilustrados sucesos capitalinos dignos de ser reseñados y recordados, evacuar informes sobre ilustres figuras cordobesas y adecuadas nomenclaturas de calles y vías públicas, reclamar la necesidad de celebrar determinadas conmemoraciones, centenarios, actos literarios oficiales y otras solemnidades análogas, y sobre todo, defender en todo momento y lugar el sacrosanto y ancestral nombre de Córdoba en cuantas sesiones públicas intervino como ponente, como comunicante, como relator, como congresista, como conferenciante, como académico. Miguel Salcedo, don Miguel Salcedo fue, sin duda alguna, un maestro, un humanista que ejerció bien y fielmente el noble oficio de cronista además de director de teatro, dramaturgo, poeta, escritor, gastrónomo y profesor”.



Título de Cronista Oficial de la Ciudad otorgado por el Ayuntamiento de Córdoba a Miguel Salcedo Hierro.

En 1989, su primer trabajo tras el nombramiento, fueron las *Notas cordobesas*, recopilación de artículos de Ricardo de Montis. Le siguió otro libro de gastronomía, publicado por el Centro Andaluz del Libro, *La cocina familiar antigua* (1992), dedicada “A Carmina. Veinticinco años por senderos de plata y diecisiete caminando hacia nupcias de

oro constituyen un hermoso intercambio de amor, con el fondo antiguo y familiar de una cocina que aprendió de su madre y que ha sabido transmitir a nuestra hija. Que reciba mi cariñoso agradecimiento por las numerosas veces que me cedió sus horas, para que yo pudiera consagrarlas a escribir este libro. Miguel”.

También en 1992, textos gastronómicos correspondientes a *Los Pueblos de Córdoba*, magna obra editada por la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, y a *Córdoba capital*, ambas coordinadas por Francisco Solano Márquez. En 1996 colaboró en la obra patrocinada por Cajasur y editada por diario *Córdoba*, con los fascículos de *El teatro en Córdoba* y *Gastronomía y sociología del perol* bajo la dirección de Antonio Ramos Espejo y Francisco Solano Márquez. Y bajo la coordinación de éste, el capítulo de “Los patios monumentales” (2001), en *Los patios cordobeses*, obra editada por Cajasur.

Entre los años 1995 y 2004 participó en los cursos de *El franciscanismo en Andalucía* con las conferencias: “Manducatorias y conductos de los franciscanos de la Bética”, “Exaltación lírica del búcaro en el refectorio”, “San Francisco y los motivos del lobo”, “El claustro de San Pedro el Real”, “La zarza sin espinas, de Joaquín Dicenta y José Cobos” y “La Cruz de mayo del convento de la Santa Cruz”.

El Ayuntamiento le concedió el honor de dedicarle una calle, Cronista Salcedo Hierro, que quedó inaugurada en junio de 1995, siendo alcalde de Córdoba Manuel Pérez Pérez. Miguel Donate Salcedo, el mayor de sus dos nietos, que asistió al acto, comenta:

En mi casa era imposible no sentir desde el nacimiento lo que Harold Bloom llama “la ansiedad de la influencia”. De no haberlo visto en vida, lo conseguido por mi abuelo podría entenderse como algo mitológico: tan propio del héroe como exagerado y falso. El problema es que fuimos testigos de cómo las calles adoptaban su nombre, los teatros se le rendían, los sabios lo aceptaban como a un clásico (ya preservado e infalible, no sujeto siquiera a crítica pública) y la ciudad, en general, parecía dispuesta siempre a incrementar su gratitud.

Nadie en su sano juicio tiene estas expectativas, salvo que sea profundamente engreído o estúpido. Pero la única fórmula de mi abuelo para crear –con sus consecuencias– era empezar a trabajar a las cinco de la mañana, comportarse como un buen hombre y emplear unos talentos siempre presupuestos en toda la familia como un patrimonio común. Consecuentemente, crear de modo similar a él parecía el deber mínimo de todos. Esta idea, más dulcificada, debía de estar en mi abuelo. La hermosa transmisión de sus esti-

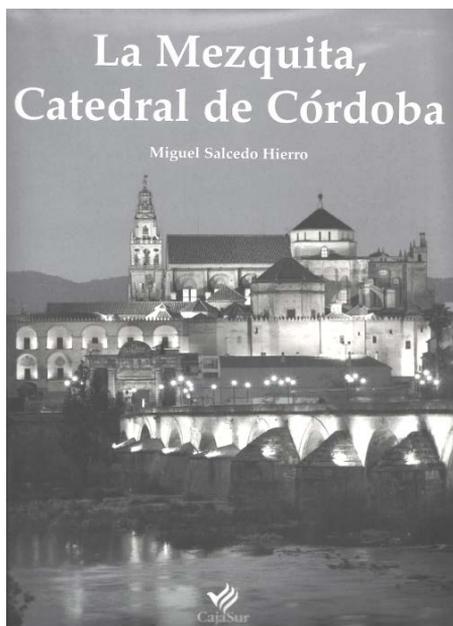
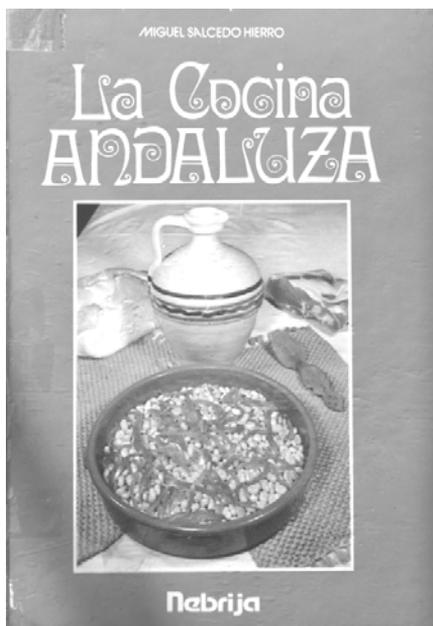
lográficas o algunos libros, por ejemplo, no fueron libres. Las grababa una instrucción de determinado triunfo, o mejor, una confianza ciega en el triunfo de su familia, cuyos logros futuros podía celebrar y saborear con décadas de antelación.

Supongo que hay un momento concreto en el que los descendientes de personas notables tienen que asumir que ellos no lo van a ser. La única opción, entonces, es destruir el mito por completo y seguir adelante. ¿Pero cómo hacerlo? Mi abuelo se colocó siempre, en casa, en una posición de aprendizaje. Estaba verdaderamente persuadido de que los demás haríamos mejor uso que él de sus cualidades, que entendía heredadas y potenciadas. Quería ver qué hacíamos los demás. Así que suelo escribir con una pluma cuyo futuro he profanando por completo, y me acompaña de mesa en mesa una fotografía en la que él me hace teclear en su máquina de escribir, sentado sobre sus rodillas. Mi abuelo, que era gigantesco, te convencía de que eras más alto que él.

Miguel Salcedo Hierro, que tuvo que comprender pronto que no iba a vivir una vida pequeña, no estaba dominado por la emoción la mañana en la que una calle iba a bautizarse con su nombre. En realidad, mientras se anudaba la corbata, discutía con mi abuela qué debía entenderse por moderación en la comida inmediatamente posterior. Sin embargo, años después, llegó a casa llorando porque, tras ayudar a una señora en estado de necesidad, esta le dijo: “Que Dios se lo pague, buen hombre”. Y ese “buen hombre” le parecía el máximo reconocimiento. Fue desde luego, además de un escritor célebre, un hombre bueno. Y para eso, afortunadamente, sí que dejó perfectamente preparada a su familia.

Quizá no estaba dominado por la emoción, como cuenta Miguel Donate, pero agradeció y se ilusionó con la calle y con el colegio Torre Malmuerta, que está en ella, y se ilusionó más todavía cuando su hija, maestra, pidió ese colegio en el concurso de traslados y pasó en él los últimos siete cursos de su carrera profesional.

Lo cierto es que, a partir de la inauguración, y del posterior ágape, en el que no sabemos si fue moderado o no, iba a su calle diariamente, paseando o en taxi, y tomaba café en un bar que hay en la plaza del Olivo que se llama El Chimeneón. Entonces tenía otro nombre y otros dueños, que pusieron una placa en la pared correspondiente a la mesa donde solía sentarse, que explicaba que allí tomaba café el cronista de la ciudad. Actualmente, la placa ha desaparecido.



Portadas de *La cocina andaluza* (Nebrija, 1979) y *La Mezquita, Catedral de Córdoba* (Cajasur, 2000), dos de los libros más notables de Miguel Salcedo Hierro.

Su penúltimo libro, *La Mezquita, Catedral de Córdoba: templo universal, cumbre del arte, vivero de historias y leyendas*, es su obra más ambiciosa, la que más tiempo tuvo en mente y la que más investigó. En principio, no la había concebido tan extensa, pero la abrumadora cantidad de material que obtuvo durante la investigación la fue agrandando hasta concluir en el exquisito libro que ya conocemos, cuya escueta dedicatoria es “A Córdoba, de su Cronista”, editado por Cajasur y coordinado por Francisco Solano, una vez más. El último libro, las divertidas *Crónicas anecdóticas*, están editadas por Cajasur y dedicadas “A mis queridos nietos, Miguel y Álvaro Donate Salcedo: puentes de amor que aseguran el futuro de mi esencia, aunque ya no exista en presencia. Con todo el cariño de su abuelo Miguel”.

El cronista se levantaba muy temprano, alrededor de las cinco y media de la mañana, a veces, antes. Hacía y tomaba café con leche y se metía en su despacho a trabajar, escribiendo en alguno de sus trabajos o en varios a la vez, y en un minucioso fichero de los temas que le interesaban. Así esperaba a que más o menos una hora después apareciese su hija Marisol –vivían en pisos contiguos, comunicados

interiormente— se sentaban en la cocina; entonces era ella la que tomaba café. Tenían como media hora de puesta en común, que ambos ansiaban, disfrutaban y necesitaban. Todo se hablaba allí, lo personal, lo familiar, lo profesional; charlas de padre e hija, de amigos, de compañeros de trabajo. Tertulias de dos, en las que el cronista desgranaba sus proyectos, a veces a tan largo plazo —ya rebasaba los ochenta años— que Marisol le interrumpía: “¡Pero tú te das cuenta que estás hablando de 2016!” —era la época de la candidatura a la capitalidad europea— y él, sin molestarse lo más mínimo, contestaba jovialmente: “Es que pienso llegar. No hay que pensar en la muerte; tenemos que vivir hasta el último día como si fuéramos eternos”. No sabían que la muerte les acechaba, pero no la suya, sino la de su yerno, el marido de Marisol, que murió a los 54 años, causando nuevamente una profunda herida en los sentimientos del cronista que lo quería como a un hijo, y en la misma medida le correspondía.

A veces trabajaban juntos. Para Marisol era muy cómodo ir hasta su despacho para cualquier consulta que quisiera hacerle o incluso llevarse allí el ordenador portátil cuando hacían algún trabajo en común o, aunque no fuera común, por el simple placer de trabajar juntos. Del mismo modo, muchas veces iba él a casa de Marisol y trabajaban en la mesa de ella. Cuando la pérdida de la vista le impidió leer o escribir, paulatinamente, dejó de madrugar; y las visitas de uno y otro se fueron distanciando. No había cosa que le apeteciese más que la conversación con su hija, pero rara vez la hallaba desocupada y, discretamente, se marchaba.

Aproximadamente un año antes de su muerte, llegó ante la mesa de Marisol y permaneció de pie. Ella lo miró preguntándole qué deseaba y él deslizó sobre la mesa su pluma estilográfica hasta tocarle la mano. “Ésta es tu pluma. Tómala, que yo ya no voy a escribir más”. Marisol se levantó y se abrazó a él llorando desesperadamente, comprendiendo la magnitud de su tragedia. Y una vez más, como tantas veces a lo largo de su vida, la serenidad acogedora de sus brazos, fueron refugio, consuelo y esperanza. Permanecieron abrazados mucho rato, mezclando sus lágrimas. La pluma pasó de padre a hija sin grandilocuencias innecesarias. Para ella fue suficiente privilegio haber formado parte de su vida y aprender junto a él y a través de su ejemplo, el exacto significado de palabras como lealtad, honradez, respeto, honor, generosidad y hombría de bien.

El académico

En su vida, la Academia fue casi tan transversal como su poesía. Académico correspondiente por Córdoba desde 1963 y numerario desde 1966, fueron cuarenta y siete años, que pasaron por las mismas etapas que su devenir profesional y literario, es decir, que sus intervenciones son de temas teatrales, poéticos, gastronómicos y de cronista. Lamentablemente, se conservan pocas, al menos en los boletines de la Academia; lo más probable es que él no aportara los textos de las restantes, así que sólo tenemos una muestra: la “Contestación al discurso de ingreso de Manuel Gahete”, “Un estreno teatral de Pedro Palop”, “El diario *Córdoba*”, “Cronista de la ciudad”, “La cocina de Zuheros”, “La Rambla, la arcilla y la sal”. Por otra parte, él solía hacer piezas oratorias sin las correspondientes piezas escritas, utilizando sólo un guión. Pero la Academia puede sentir como suyos los trabajos de su académico en el recuerdo, porque así lo sentía él.

Su relación con los compañeros era de amistad y cariño, pero, sobre todo, de admiración, especial y comprensiblemente, por los de la sección de letras y la de historia. De hecho solía consultarles algunos temas o pedirles permiso para utilizar sus trabajos, como ocurría con José Manuel Escobar y con José Cosano Moyano, quien recuerda la afición que Miguel Salcedo tenía por organizar comidas en las que reunía amigos suyos para que se hicieran amigos entre sí. Disfrutaba con las capacidades administrativas y las claras exposiciones de Joaquín Criado Costa y cuando éste le pedía consejo o un poema para algún pregón. Se sentía orgulloso de las trayectorias de Julián García García, Joaquín Mellado Rodríguez, María José Porro Herrera y Ana Padilla Mangas. Auguraba éxitos al contemporáneo culteranismo de Manuel Gahete Jurado y se emocionaba con el riguroso trabajo de Antonio Cruz Casado —éste ocupó como numerario la vacante que se produjo a causa de su fallecimiento— y sólo tenía palabras de cariño y agradecimiento para Manuel García Hurtado.

(No quisiera, y hablo en primera persona, que por falta de memoria, por mi propia incapacidad o por, en algunos momentos, no poder dominar la emoción, la figura de Miguel Salcedo Hierro haya quedado mínimamente empañada. He procurado distanciarme en lo posible para evitar que los sentimientos filiales convirtieran en cursilería estas páginas de notas biográficas).



La familia Salcedo Morilla el día que Miguel y Carmina, en el centro, celebraron sus bodas de oro, año 2000. (AFSM).

La voz iluminada

El 20 de mayo de 2010, una vez concluido el funeral, una misa concelebrada, presidida por don Mariano del Prado y del Prado, consiliario de la Hermandad de Santo Domingo, a las cinco de la tarde, en la iglesia de San Juan y Todos los Santos (Trinidad), y recibidas por su familia las muestras de pesar, el coche fúnebre que trasladaba los restos mortales de Miguel Salcedo Hierro hasta su última morada inició su respetuoso y lento camino hacia el Cementerio de Nuestra Señora de la Salud, siguiendo una ruta nada convencional; abrían paso agentes de la policía municipal, para dar cumplimiento a dos de las tres instrucciones recibidas de él. La primera ya estaba cumplida: llevar como mortaja su túnica de nazareno de la Virgen de las Angustias. La capa, no; que le parecía demasiado oropel para tan espiritual viaje.

Tales instrucciones no fueron dadas en un momento trascendente y ceremonioso, sino mientras tomaba una copa de fino con su hija en la pequeña bodega de la casa que tienen en la Estación de Obejo. Él ya era cronista y estaba entregado en cuerpo y alma a su labor, gozaba de perfecta salud y ambos percibían la muerte como una cuestión todavía lejana o, como mínimo, impredecible; de manera que sus últimas vo-

luntades quedaron expuestas de forma distendida y con gracia, teñidas del sentido del humor que nunca le abandonó. De hecho, como ya hemos dicho, sus proyectos exigían plazos largos; baste como ejemplo que en sus últimos días de vida, en los que conservó la lucidez hasta el final, dictaba ideas con vistas a la lamentablemente fallida Capitalidad Cultural de 2016.

Negó expresamente la posibilidad de la capilla ardiente, seguramente en un rasgo de coquetería. Para ejecutar las otras instrucciones era necesario el permiso del Ayuntamiento. Así que la familia, tras recibir las condolencias del entonces alcalde, Andrés Ocaña Rabadán, le transmitió ambas solicitudes, que fueron recibidas con todo agrado y concedidas de inmediato. Siempre le estarán agradecidos.

El coche fúnebre se dirigió a la avenida del Gran Capitán, recorrió unos escasos 80 metros hasta llegar al edificio número 3 y giró a la izquierda para detenerse unos instantes ante la fachada principal del Gran Teatro. Sus puertas estaban abiertas de par en par; toda la corporación municipal, presidida por el alcalde, esperaba en pie, perfectamente alineada y en actitud de respeto, las cortinas de la sala estaban recorridas; las del escenario, también; todas las luces encendidas. Se veía hasta el fondo del escenario. Miguel Salcedo Hierro pasaba por última vez ante el teatro que fue testigo de sus ilusiones de juventud, donde vio representadas sus primeras obras, donde pronunció sus pregones. El teatro que, por una serie de coincidencias, salvó de la piqueta.

Para la familia fue una estación de penitencia en el amargo itinerario hacia la separación definitiva y dar cumplimiento a la tercera instrucción. Esto es importante para destacar el riguroso concepto que tenía y el honor que para él significaba ser cronista oficial de Córdoba; tanto, que quiso aceptar todos los deberes y derechos inherentes al cargo. Según los reglamentos del Ayuntamiento de Córdoba, el cronista oficial tiene derecho a que le den gratuitamente una sepultura. Y Miguel Salcedo Hierro, cuya familia tiene varias bovedillas en propiedad en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud y en el de San Rafael, eligió como última morada lo que Córdoba quisiera darle; por humilde que fuera y estuviera donde estuviera; y así se le solicitó al alcalde. Y a través de su Ayuntamiento, Córdoba le dio, por 75 años, la bovedilla número 38 de la fila 1 de la zona de San Carlos en el cementerio de Nuestra Señora de la Salud.

Muchos cordobeses, además de los familiares, acompañaron al Cronista a su última morada. El alcalde, concejales, Rosa Aguilar, Joaquín Criado, Julio Sánchez Luque y otros compañeros de la Real

Academia, representantes de peñas y cofradías, la familia Peláez García de la Puerta, la familia Alonso Romero, la familia Barrios Mejías, cuyo hijo menor, Álvaro, era su ahijado. Y muchos, muchos más. Tras los rezos, Manuel María López Alejandre, antes de abandonar el lugar, como último homenaje al Cronista, tomó un clavel de una de las coronas depositadas y se lo puso en la solapa, acción que fue secundada por los caballeros presentes. Abandonaron el cementerio a la caída de la tarde, cuando las luces de la Feria de Nuestra Señora de la Salud estaban a punto de encenderse.

El presente libro constituye el segundo volumen de la colección *Francisco de Borja Pavón*, consagrada al recuerdo de los académicos fallecidos desde la fundación de la actual Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Compila nueve biografías de relevantes figuras que vivieron en los siglos XIX, XX y el presente XXI.

Tras un prefacio y un prólogo se inicia el libro con la figura de Ramón de Aguilar y Fernández de Córdoba (1787-1862), el presidente de la refundación de la Academia, trabajo firmado por José Manuel Escobar Camacho, al que siguen –por orden cronológico de nacimiento– Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (1802-1874), un historiador cordobés del siglo XIX, por Antonio Cruz Casado; Fernando Amor y Mayor (1823?-1863), con nuevas aportaciones sobre su vida académica y obra científica, por José Manuel Recio Espejo; Enrique Romero de Torres (1872-1956), defensor del patrimonio de Córdoba, por José María Palencia Cerezo; José Priego López (1881-1939), inspector de enseñanza y académico, por Juan Díez García; Miguel Ángel Orti Belmonte (1891-1973), ilustre cordobés, profesor e historiador eminente, por Joaquín Mellado Rodríguez; Antonio Cruz Conde (1910-2003), alcalde eficaz y académico de honor, por Francisco Solano Márquez; Manuel Medina Blanco (1920-2002), cuya vida fue “duelo de trabajo y esperanzas”, según José Javier Rodríguez Alcaide; y, finalmente, Miguel Salcedo Hierro (1923-2010), la voz iluminada, por María del Sol Salcedo Morilla.

Son nuevos “académicos en el recuerdo” que se suman a los diez ya publicados; todos ellos jalonan la historia de la Real Academia de Córdoba, fundada en 1810, y merecen ser perpetuados, pues como afirma nuestro Director en el Prefacio, “siempre existirá quien alce su voz –es el caso de nuestra institución– para llamar la atención sobre personajes cuya obra merece ser conocida por la ciudadanía y, especialmente, por las nuevas generaciones”.

